

Documentos AIER n.º 19

Abril de 2026

Economista y Revolucionario

Adam Smith y 1776

SAMUEL GREGG



AMERICAN INSTITUTE
FOR ECONOMIC RESEARCH

El Instituto Americano de Investigación Económica educa personas sobre el valor de la libertad personal, la libre empresa, los derechos de propiedad, un gobierno limitado y una moneda sólida. La investigación científica que lleva a cabo AIER demuestra la importancia de estos principios para el avance de la paz, la prosperidad y el progreso humano.

Calle Division 250

Apartado de correos 1000

Great Barrington, MA 01230

Teléfono: 1-888-528-1216

Fax: 1-413-528-0103

info@aier.org

TABLA DE CONTENIDO

Resumen ejecutivo	04
Puntos clave	05
Introducción	06
La sombra del mercantilismo	07
La Compañía Británica de las Indias Orientales, los impuestos y la guerra.	10
Smith entra en la contienda	12
Una Unión Económica y Política	15
Independencia para Estados Unidos y Gran Bretaña	18
Smith en nuestro tiempo	20
Notas finales	23

Resumen ejecutivo

En 2026 se conmemora el 250 aniversario de dos acontecimientos históricos trascendentales: la publicación de la obra de Adam Smith, * Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, el 9 de marzo de 1776, y, cuatro meses después, la proclamación de la Declaración de Independencia el 4 de julio de 1776. Nuestro mundo sigue estando marcado por las ideas expresadas en ambos textos.

Ningún texto se escribe en un vacío contextual, y la redacción de La riqueza de las naciones — un libro que se convertiría en la obra fundamental de la economía moderna— quedó marcada por la crisis en la relación entre Gran Bretaña y sus colonias norteamericanas tras la derrota de Francia en la Guerra de los Siete Años (1756-1763). Aunque inmerso en el mundo académico, Adam Smith estaba profundamente interesado en los acontecimientos que marcaban su época. Gran parte de los libros IV y V de La riqueza de las naciones contienen extensos comentarios sobre la relación económica entre Gran Bretaña y las trece colonias, con las que las relaciones se habían deteriorado progresivamente a partir de 1766.

Otros escritos de Smith —en particular, un memorándum de 1778 presentado al gobierno británico a petición del procurador general sobre las opciones a las que se enfrentaba Gran Bretaña tras su derrota en la batalla de Saratoga en 1777— abordan directamente la economía y la política del conflicto, así como la forma de poner fin a la guerra entre la América británica y lo que los colonos aún llamaban "la madre patria".

El propósito de este trabajo es exponer y reflexionar sobre el análisis de Adam Smith acerca de los factores económicos que contribuyeron al conflicto y sus ideas sobre cómo podría resolverse la crisis. Demuestra que Smith estaba dispuesto a contemplar soluciones con implicaciones revolucionarias para Estados Unidos y, por extensión, para Gran Bretaña. Concluye delineando las lecciones que el análisis de Smith sobre estos temas nos ofrece hoy en día.

PUNTOS CLAVE:

- La aplicación del análisis económico riguroso que Smith hizo de La riqueza de las naciones a la crisis estadounidense permitió identificar factores económicos clave que contribuyeron al conflicto, así como formas en que mejores políticas económicas podrían ayudar a resolver la crisis.

Smith identifica las doctrinas y prácticas de la economía mercantilista que dominaron el mundo europeo del siglo XVIII como factores que gradualmente generaron conflictos entre Gran Bretaña y las trece colonias. Según Smith, al imponer mayores costos comerciales a los colonos estadounidenses y restringir significativamente su libertad económica, las políticas económicas mercantilistas llevarían a los colonos a reconsiderar los beneficios de pertenecer al Imperio Británico.

Aunque Smith identificó varias maneras de evitar la guerra entre Gran Bretaña y Estados Unidos, consideraba que existían dos soluciones óptimas a largo plazo para la difícil situación de Gran Bretaña en América. La primera implicaba una unión política y económica entre Gran Bretaña y sus colonias norteamericanas basada en el libre comercio, la consolidación fiscal y la plena integración de las colonias americanas en el Parlamento británico y, por ende, en la Constitución británica. La segunda opción para Gran Bretaña era simplemente permitir que las colonias siguieran su propio camino: es decir, que se independizaran.

Smith era partidario de la unificación, pero en 1778 concluyó que el avance de la guerra y el resentimiento que había dejado a ambos lados del Atlántico la hacían improbable. Sin embargo, Smith argumentaba que la independencia estadounidense, al liberar a las trece colonias de las políticas mercantilistas británicas y establecer su estatus como entidad soberana independiente, abriría el camino para la negociación de una relación económica y política a largo plazo más sana, estable y próspera entre Gran Bretaña y una América independiente, una relación que estaría respaldada por los lazos históricos, culturales, lingüísticos y religiosos de larga data con la antigua metrópoli.

El análisis de Smith sobre la cuestión estadounidense constituye un ejemplo de cómo el análisis económico identifica los problemas subyacentes que generan tensiones entre naciones, así como las posibilidades de resolverlos. De este modo, demuestra la valía de la economía como herramienta de investigación intelectual para comprender mejor problemas de relaciones internacionales que, de otro modo, podrían pasar desapercibidos para los responsables políticos.

Introducción

El 9 de marzo de 1776, W. Strahan y T. Cadell publicaron en Londres una obra en dos volúmenes del filósofo escocés Adam Smith. Fruto de casi dos décadas de investigación, su obra **Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones** es ampliamente reconocida hoy como el texto que sentó las bases de la ciencia social de la economía. Hasta entonces, lo que hoy conocemos como «economía» se había estudiado principalmente como una rama de la filosofía moral y la jurisprudencia. Sin embargo, **La riqueza de las naciones** marcó el comienzo de la economía como una nueva forma de ver el mundo, revelando aspectos de los asuntos humanos que hasta entonces habían pasado desapercibidos para la mayoría.

Cuatro meses después, al otro lado del Atlántico, el 4 de julio de 1776, el Segundo Congreso Continental, en Filadelfia, adoptó un texto más breve pero igualmente trascendental. Este documento —la Declaración de Independencia— marcó la separación formal de las trece colonias de la Norteamérica británica de Gran Bretaña. La Declaración fue la culminación de años de disputas entre Londres y sus colonias norteamericanas sobre cuestiones que abarcaban desde los impuestos hasta la relación constitucional de las colonias con el Parlamento británico en Londres.

Dada la lentitud del transporte entre Gran Bretaña y Norteamérica, es improbable que muchos de los líderes coloniales estadounidenses hubieran leído el libro de Smith antes del primer Día de la Independencia de Estados Unidos. Sin embargo, una lectura atenta de *La riqueza de las naciones* demuestra que Smith había reflexionado profundamente sobre la crisis estadounidense. Y si bien el análisis y las soluciones propuestas por Smith se presentaban en términos retóricamente moderados, tenían implicaciones revolucionarias no solo para las trece colonias, sino también para Gran Bretaña y su imperio.

Smith no fue el único en dedicar tiempo y energía a estos temas. Legisladores, pensadores y panfletistas de toda Gran Bretaña y Norteamérica habían estado debatiendo las razones del deterioro de las relaciones y ofreciendo propuestas para restablecer la armonía entre los dos pueblos angloparlantes separados por el Atlántico. Lo que distingue el análisis de Smith del de otros es que aplicó toda la fuerza de su pensamiento económico al desafío. En palabras del historiador británico Andrew S. Skinner, «el radicalismo de Smith es singular en el sentido de que abordó la cuestión estadounidense desde la perspectiva de un economista político».¹ Esa perspectiva es lo que hizo que las reflexiones de Smith sobre este tema fueran verdaderamente revolucionarias.

El objetivo de este trabajo es presentar las opiniones de Adam Smith sobre las causas del conflicto entre Gran Bretaña y las colonias norteamericanas, describir sus soluciones propuestas para resolver el conflicto y analizar sus razones para creer

Por qué, a largo plazo, la independencia estadounidense era probable. Concluye destacando cuatro ideas clave del estudio de Smith sobre la disputa, relevantes para nuestra época: específicamente, 1) las políticas proteccionistas distorsionan gravemente la percepción del interés nacional; 2) las agendas intervencionistas aumentan la fricción en las relaciones internacionales; 3) la liberalización económica puede facilitar (pero no garantizar) una conducción más pacífica de la política nacional e internacional; y 4) una economía rigurosa puede ayudarnos a comprender mejor los complejos problemas políticos y de política exterior, creando así más posibilidades para resolverlos.

La sombra del mercantilismo

Antes de explorar estas cuestiones, conviene comprender las estructuras económicas predominantes de la época de Adam Smith, sobre todo porque constituyeron su principal punto de partida intelectual en el debate sobre América. En el centro de La riqueza de las naciones se encuentra la crítica de Smith a lo que él denominó «el sistema mercantil». Esta crítica al mercantilismo es fundamental para comprender sus reflexiones sobre algunas de las causas económicas más profundas del conflicto entre Gran Bretaña y las trece colonias.

Gran Bretaña no fue el único país en adoptar políticas mercantilistas. Otras potencias europeas con una presencia global considerable también las siguieron, especialmente España, Francia, Portugal y la República Holandesa, así como estados europeos como Prusia y el Imperio Habsburgo, cuyas ambiciones se limitaban al continente europeo. Las doctrinas fundamentales del mercantilismo no se plasmaron por escrito de la misma manera que se articulan las teorías económicas actuales. Lo más cercano a una formulación formal de las ideas mercantilistas fue un libro escrito por el también escocés Sir James Steuart, titulado *Una investigación sobre los principios de la economía política* (1767).

Las características principales del mercantilismo pueden resumirse de la siguiente manera:²

- No se consideraba que la riqueza se creara principalmente a través del espíritu empresarial, la competencia y el libre intercambio. En cambio, se creía que las naciones prosperaban adquiriendo la mayor cantidad posible de riqueza mundial existente, adquiriendo la mayor cantidad de territorio posible y dominando la mayor cantidad posible de rutas comerciales.
- La riqueza no se entendía principalmente como nuestra capacidad para satisfacer nuestras necesidades y deseos. En última instancia, se definía la riqueza como la cantidad de oro y metales preciosos que poseían los individuos y las naciones.

La concepción mercantilista de la riqueza impulsó a los responsables políticos a centrarse en cómo sus naciones podían exportar más de lo que importaban para lograr una balanza comercial positiva. Para reducir las importaciones, los gobiernos buscaron crear o promover numerosas industrias nacionales mediante subsidios. También impusieron aranceles a las importaciones para desincentivar la compra de productos extranjeros. Por el contrario, los gobiernos fomentaron, y a menudo subvencionaron, la exportación de bienes. El efecto general fue que el comercio y las rutas comerciales entre países fueron gestionados por los gobiernos, en lugar de reflejar el libre intercambio entre consumidores y productores en los mercados internacionales.

El mercantilismo implicaba que los gobiernos otorgaran concesiones a sociedades anónimas, lo que les confería el monopolio del comercio de un país en determinadas regiones del mundo. El objetivo era, en parte, recaudar ingresos, pero también establecer cierto grado de control indirecto por parte de los gobiernos sobre las rutas comerciales y, de este modo, minimizar la competencia extranjera. El ejemplo más destacado de esta política fue la Compañía Británica de las Indias Orientales (EIC), a la que la reina Isabel I otorgó una concesión en 1600. Según los términos de esta concesión, cualquier barco inglés que comerciara al oeste del estrecho de Magallanes y al este del cabo de Buena Esperanza sin una licencia de la EIC corría el riesgo de ser confiscado y de que su cargamento fuera incautado permanentemente.

Para la época de la Revolución Americana, la Compañía Británica de las Indias Orientales (EIC) gozaba de un monopolio sobre el comercio británico en el subcontinente indio y ejercía un control férreo sobre el comercio británico con China, fuente de gran parte del té que la EIC exportaba a Gran Bretaña.³ Ya en 1612, la EIC utilizaba la fuerza para proteger su monopolio desplegando lo que equivalía a una armada privada para proteger sus barcos mercantes.⁴ Esta tendencia hacia la militarización se aceleró en el siglo XVIII, cuando la Compañía Británica de las Indias Orientales (EIC) comenzó a mantener sus propios ejércitos para defender y expandir sus establecimientos en toda la India.⁵ Para apoyar y promover sus intereses a nivel político, la EIC también gastó sumas considerables para mantener un poderoso grupo de presión en el Parlamento británico y dentro del gobierno.

Adam Smith estudió detenidamente las políticas asociadas al mercantilismo. Sus conclusiones desempeñaron un papel fundamental en la configuración de algunas de las ideas económicas más importantes, especialmente en lo que respecta a la política comercial, expuestas en *La riqueza de las naciones*. Tras describir con precisión el funcionamiento del sistema mercantil en términos relativamente neutrales, Smith procedió a identificar las falacias de las principales doctrinas mercantilistas, así como sus consecuencias negativas a largo plazo para los consumidores, los gobiernos y los países.

Gran parte de esa crítica se centró en el concepto de balanza comercial.

Según Smith, toda la idea era, para decirlo sin rodeos, “absurda”.⁶ Smith señaló que “esta doctrina supone que, si el equilibrio es parejo, ni

o pierden o ganan; pero si se inclina en algún grado hacia un lado, uno de ellos pierde y el otro gana en proporción a su declinación del equilibrio exacto".⁷ Pero, Smith insistió, "Ambas suposiciones son falsas".⁸ Cuando dos personas intercambian libremente bienes dentro o entre países, Smith subrayó, ambos "ganan" (aunque en diferentes grados) en la medida en que ambos obtienen lo que quieren. De lo contrario, ninguna de las partes habría acordado el intercambio.

Otra crítica clave de Smith al mercantilismo se refería a los esfuerzos de los gobiernos por promover las industrias y la producción nacionales, reduciendo así, según se creía, la necesidad de importar bienes. Smith argumentaba que los subsidios, las regulaciones y los aranceles podían, sin duda, influir en la dirección económica de un país, pero no podían aumentar su producción total. Ninguna regulación, sostenía Smith, «puede aumentar la cantidad de industria en un país más allá de lo que su capital puede sostener». Todas esas regulaciones solo desplazaban el capital de una nación «hacia una dirección a la que de otro modo no habría ido».¹ El problema, recalca Smith, es que no había forma de saber si «esta dirección artificial probablemente sería más ventajosa para la sociedad que aquella a la que habría ido por sí sola».¹¹ Todos los aranceles y subsidios solo incentivan a las empresas a trasladar sus inversiones a otros lugares, y no podemos saber de antemano si esto impulsará la producción de forma superior a la facilitada por el libre intercambio de bienes y la libre circulación de capitales.

Pero existía otro problema aún más fundamental con los esfuerzos mercantilistas, recalcó Smith, para restringir las importaciones con el fin de proteger a los productores nacionales: tales políticas malinterpretaban el propósito mismo de la producción económica. El objetivo de la producción no era la producción en sí misma. La producción, enfatizó Smith, es un medio para un fin, y el fin es el consumo: es decir, la satisfacción de las necesidades y deseos de los consumidores.¹² De ello se desprendía, afirmó Smith, que «el interés del productor solo debe ser atendido en la medida en que sea necesario para promover el del consumidor».¹³ El mercantilismo, por el contrario, sacrificaba constantemente el interés del consumidor «en aras del del productor».¹⁴ Y si los productores existentes son la prioridad, entonces los gobiernos tenderán a mantenerlos, sin importar cuán ineficientes o incluso corruptos puedan ser.

La consecuencia fue una menor competencia que, como veremos, se tradujo en un crecimiento más lento y un posible estancamiento. Además, Smith reconoció que, al permitir que el Estado otorgara monopolios o subsidios para favorecer a determinados grupos a expensas de todos los demás, el mercantilismo incentivaba a las empresas a centrar su atención en la obtención de privilegios políticos, en lugar de competir en el mercado. Y una vez que una empresa obtenía el monopolio de, por ejemplo, una ruta comercial, podía ejercer una influencia desproporcionada sobre la política comercial y, por lo tanto, promover sus intereses particulares en detrimento económico, una vez más, de todos los demás.

La Compañía Británica de las Indias Orientales, los impuestos y la guerra.

A mediados de la década de 1760, las disfunciones asociadas al mercantilismo, señaladas por Smith, se hacían cada vez más difíciles de ignorar. Por ejemplo, los elevados aranceles aduaneros impuestos para desalentar las importaciones habían propiciado un contrabando generalizado en toda Europa. Los gobiernos se vieron obligados a destinar enormes recursos a un extenso aparato de control aduanero para librar una batalla perdida contra los contrabandistas.

Las desventajas políticas de la economía mercantilista también se estaban haciendo más evidentes. La convergencia del poder económico y político de la EIC había corrompido a muchos funcionarios coloniales británicos, comerciantes y sus homólogos indios. Igualmente corruptoras eran las enormes sumas gastadas por la EIC para fortalecer su lobby en los círculos de poder británicos. Además, muchos ministros del gobierno y miembros del parlamento eran importantes accionistas de la EIC, con incentivos financieros para mantener su monopolio comercial. El resultado fue un amiguismo generalizado y una resistencia generalizada a cualquier intento de liberalización económica.¹⁵ Esto es en parte lo que Smith tenía en mente cuando describió la furia que su crítica al mercantilismo encontró en algunos sectores. "No tenía ninguna expectativa,

Smith declaró a un corresponsal danés: «Que el público sería muy favorable a mi sistema. Sabía que había asestado un ataque muy violento a todo el sistema comercial de Gran Bretaña; esperaba un ataque muy fuerte; pero aunque en ocasiones he sido objeto de insultos bastante virulentos, nunca he recibido respuesta».¹

En este punto podemos empezar a comprender la contribución que hicieron las políticas mercantilistas a los antagonismos emergentes entre las colonias americanas y Gran Bretaña.

En la década de 1760, la hambruna generalizada y la guerra en la India estaban comprometiendo la capacidad de la Compañía Británica de las Indias Orientales para pagar los enormes impuestos que debía al gobierno británico. La Compañía Británica de las Indias Orientales (EIC) también tenía grandes excedentes de té almacenados en sus bodegas de Londres. Para solucionar ambos problemas, la EIC y su grupo de presión presionaron a los ministros del gobierno y a los miembros del Parlamento para que extendieran el dominio de la EIC en el comercio de productos como el té a otras partes del Imperio Británico. Este fue uno de los factores que impulsaron la Ley del Té de 1773.¹⁷

La ley permitió a la Compañía Británica de las Indias Orientales exportar té directamente a Norteamérica y venderlo a un precio reducido, eliminando así a los intermediarios británicos y estadounidenses. La ley también tenía como objetivo reducir el contrabando de té a las colonias desde Europa por parte de comerciantes estadounidenses, en violación de las llamadas Leyes de Navegación. Pero dicho contrabando reflejaba algo más que un simple intento de los colonos estadounidenses por eludir las estructuras y regulaciones mercantilistas.

También fue una forma de señalar la resistencia al impuesto sobre el té que continuó

Impuesto que Gran Bretaña impondría a los estadounidenses: un impuesto considerado ilegítimo por los colonos, ya que solo sus propias asambleas, y no el Parlamento británico, podían imponerles impuestos. La memorable confluencia de estas políticas y acontecimientos fue el Motín del Té de Boston, en el que los colonos arrojaron cientos de cajas de té importado de la Compañía Británica de las Indias Orientales al puerto de Boston en 1773, lo que a su vez desempeñó un papel clave en el estallido de la Revolución Americana.

Esto nos lleva a la segunda dimensión del mercantilismo que influyó considerablemente en la relación de las colonias norteamericanas con Gran Bretaña: las ya mencionadas Leyes de Navegación, o «Leyes de Comercio y Navegación», para darles su nombre completo.¹⁸ Promulgadas por primera vez en 1650 y modificadas y ampliadas gradualmente durante las décadas siguientes, estas leyes delineaban una extensa lista de regulaciones y requisitos aduaneros relativos al comercio entre Gran Bretaña, sus colonias y el resto del mundo. De este modo, las Leyes constituían una de las principales vías mediante las cuales Londres buscaba gestionar el flujo comercial dentro del Imperio Británico, así como el comercio entre los habitantes del imperio y los de otras naciones.

Las Leyes de Navegación estipulaban que todo el comercio británico con las colonias del mundo debía transportarse en barcos británicos y que el 75 % de la tripulación debía ser británica o colonial. También especificaban que las exportaciones extranjeras a las colonias debían transportarse primero a través de Gran Bretaña, donde se aplicaba un impuesto. Esto, sumado a los costos asociados con un segundo proceso de transporte y manipulación totalmente superfluo, significaba que los consumidores de las trece colonias pagaban precios más altos por los productos importados.

Las leyes también estipulaban que ciertos productos coloniales (conocidos como productos «enumerados») que escaseaban en Gran Bretaña o que eran mercancías exclusivas de las colonias americanas (incluidos el tabaco y los suministros navales) debían enviarse primero a Gran Bretaña antes de exportarse a otros países, incluso si se ofrecían mejores precios en otros lugares. Los estadounidenses se oponían a esto, ya que les impedía enviar estos productos directamente a compradores en otros países que podrían estar dispuestos a pagar más que los comerciantes británicos. Además, eran los comerciantes británicos, y no los estadounidenses, quienes, en consecuencia, reexportaban los productos americanos a Europa, asegurándose así gran parte de las ganancias de los mercados continentales europeos. Para colmo de los gastos de los comerciantes estadounidenses, se les exigía el pago de aranceles de importación por los productos que exportaban a puertos británicos como Liverpool y Glasgow.

Dicho esto, muchos colonos estadounidenses estaban dispuestos a tolerar estas imposiciones, en parte por lo que hoy llamaríamos razones de seguridad nacional. En primer lugar, gran parte de los ingresos generados por las Leyes de Navegación ayudaron a Gran Bretaña a financiar la Marina Real. Como reino insular, Gran Bretaña necesitaba una armada grande y experimentada para evitar la interrupción de sus rutas comerciales y los bloqueos.

por potencias extranjeras. Igual de importante era un suministro constante de marineros cualificados que pudieran operar los barcos en tiempos de guerra. Por ello, las leyes estipulaban que el 75% de los barcos británicos debían estar tripulados por británicos y colonos.

Además, como la fuerza naval más poderosa del mundo, la Marina Real contribuyó a garantizar la seguridad de las rutas comerciales ampliamente utilizadas por los estadounidenses que comerciaban a través del Atlántico y por todo el Imperio Británico, especialmente en el Caribe. Y aunque el mantenimiento de la Marina Real era costoso, su control de los mares impidió que las colonias americanas quedaran aisladas de Gran Bretaña, el país que seguía siendo su principal mercado de exportación.

Smith entra en la contienda

A pesar de la relativa comodidad de los estadounidenses con las Leyes de Navegación, los costos asociados a estas leyes y a las políticas mercantilistas en general aumentaban constantemente, lo que repercutía en el crecimiento económico de Gran Bretaña y Estados Unidos. Pocos comprendieron esto mejor que Adam Smith, quien convirtió este punto en el eje central de su análisis del conflicto entre Gran Bretaña y las trece colonias.

Mucho antes del estallido de la guerra entre Gran Bretaña y las trece colonias en 1775, Smith ya reflexionaba sobre las crecientes tensiones que caracterizaban la relación. Tal era el interés de Smith en el tema que su amigo David Hume lo describió como «muy entusiasta en los asuntos americanos».¹ En un momento dado, Hume incluso reprendió a Smith por permitir que su preocupación por la situación estadounidense retrasara la publicación de *La riqueza de las naciones*. «Si esperas a que se decida el destino de América», le dijo a Smith, «puede que esperes mucho tiempo».²

Parte del interés de Smith en el tema fue estimulado por funcionarios del gobierno británico como Lord Shelburne y Lord Townshend, quienes más tarde se convertirían en primeros ministros. Conscientes de su profundo conocimiento de asuntos fiscales, a mediados de la década de 1760 comenzaron a pedirle consejo a Smith sobre impuestos en las colonias, a la luz de las crecientes dificultades en torno a todo el tema en Norteamérica.²¹ También comprendieron que el interés de Smith en la política comercial probablemente aportaría perspectivas menos evidentes para otros comentaristas.

Quizás el aspecto más sorprendente del análisis de Smith sobre las razones económicas más profundas que subyacen al conflicto entre Gran Bretaña y las colonias sea su sugerencia de que, a pesar de todas las distorsiones asociadas con el mercantilismo, hubo aspectos del mercantilismo que aportaron algunos beneficios a América y a Gran Bretaña.

En primer lugar, los acuerdos mercantilistas anteriores a 1776 crearon, de hecho, mercados complementarios para Gran Bretaña y las trece colonias. Por ejemplo, Smith señaló que la producción de manufacturas más avanzadas o refinadas²² estaba explícitamente prohibida en las colonias norteamericanas. En opinión de Smith, tales prohibiciones eran injustas, ya que restringían la libertad económica de los colonos para utilizar su capital como mejor les pareciera.

Pero, añadió Smith, las restricciones «hasta entonces no habían sido muy perjudiciales para las colonias». Según Smith, algunas de las limitaciones a la capacidad de los estadounidenses para producir ciertos bienes habían impulsado las economías de las colonias norteamericanas al desalentar la inversión en actividades en las que carecían de lo que hoy llamaríamos una ventaja comparativa. Al fin y al cabo, la tierra en América era tan barata, abundante y fértil que tenía perfecto sentido económico que los estadounidenses se centraran en la agricultura e importaran de Gran Bretaña los productos manufacturados que necesitaban.

Por su parte, Gran Bretaña se benefició de este “nuevo e inagotable mercado”²³ en Norteamérica, donde podía vender sus productos manufacturados. Los comerciantes británicos también pudieron importar la enorme producción agrícola de las colonias, así como bienes estratégicos importantes para la defensa nacional (como el arrabio).²⁴

Sin embargo, el hecho de que Smith reconociera esta situación aparentemente beneficiosa para ambas partes no le impidió identificar los problemas que se avecinaban con estos acuerdos. Estas dificultades giraban principalmente en torno a la cuestión del ritmo de crecimiento económico. Smith argumentó que, de no ser por las Leyes de Navegación y la forma en que estas y otras imposiciones mercantilistas estructuraban el comercio entre Gran Bretaña y Norteamérica, el ritmo de crecimiento en Gran Bretaña probablemente habría sido mucho mayor. En opinión de Smith, «si las manufacturas de Gran Bretaña... han progresado, como sin duda lo han hecho, gracias al comercio con las colonias, no ha sido por medio de ese monopolio, sino a pesar de él».² Observó, por ejemplo, que, sin las Leyes de Navegación, los fabricantes británicos habrían tenido mayor libertad para enviar sus productos a «los mercados vecinos de Europa, o a los más lejanos de los países que rodean el mar Mediterráneo».² Esto habría reducido considerablemente sus costes de transporte y, por lo tanto, probablemente habría generado mayores beneficios.

Analizando de forma más general el comercio británico y la manera en que las Leyes de Navegación lo habían orientado eficazmente en direcciones específicas, Smith lamentó que dichas leyes probablemente comprometerían las tasas de crecimiento que, de otro modo, se habrían logrado en el comercio británico con el resto del mundo:

Su comercio, en lugar de discurrir por numerosos canales pequeños, se ha visto obligado a circular principalmente por un único canal principal... En su estado actual, Gran Bretaña se asemeja a uno de esos cuerpos insalubres en los que algunas de las partes vitales están sobredimensionadas y que, por ello, son propensos a muchos trastornos peligrosos que apenas se dan en aquellos en los que todas las partes están más adecuadamente proporcionadas.²⁷

En resumen, si bien las rutas comerciales creadas por las políticas mercantilistas fueron "en general beneficiosas", el crecimiento fue "mucho menor de lo que podría haber sido de otro modo".²⁸ El crecimiento económico en Gran Bretaña habría sido mucho mayor si el comercio hubiera estado libre de las restricciones mercantilistas que desalentaban a las personas a buscar nuevas oportunidades para participar en intercambios en muchos "pequeños canales" que, tomados en conjunto, podrían resultar más rentables que los realizados a través del "gran canal" en el que todos estaban siendo artificialmente confinados.

En cuanto a los estadounidenses, Smith creía que se acercaba rápidamente el momento en que las restricciones asociadas al sistema mercantil comenzarían a superar los beneficios aparentes, incluidos los de índole de seguridad nacional. En resumen, la compensación entre un mayor crecimiento y la seguridad que proporcionaban Gran Bretaña y la Marina Real probablemente se volvería menos atractiva. A medida que las economías de las colonias se sofisticaban, era probable que los comerciantes estadounidenses quisieran experimentar y probar suerte en actividades como la manufactura. «En un estado más avanzado», recalcó Smith, los obstáculos mercantilistas para que los colonos siguieran ese camino llegarían a considerarse «realmente opresivos e insostenibles»²⁹ y obstaculizarían una tasa de crecimiento aún mayor.

Pero también existía una dimensión política en esta creciente insatisfacción estadounidense con las políticas mercantilistas. Por un lado, Smith predijo que los estadounidenses percibirían las restricciones mercantilistas como el «principal símbolo de su dependencia».³⁰ En resumen, con el paso del tiempo, los estadounidenses comenzarían a resentir los límites impuestos por las políticas mercantilistas británicas a su libertad económica. Y en el centro de este descontento, creía Smith, estaría el reconocimiento incipiente de las políticas mercantilistas como una «violación manifiesta de uno de los derechos más sagrados de la humanidad»:³¹ los derechos asociados a la propiedad y la libertad de ejercerlos a voluntad.

Finalmente, Smith creía que las políticas mercantilistas que determinaban los parámetros del comercio entre América y Gran Bretaña se caracterizaban por una injusticia significativa: que las personas que más se beneficiaban de estas estructuras eran aquellos comerciantes y compañías (como la EIC) con estrechas conexiones con el gobierno. Tanto británicos como estadounidenses, pensaba Smith,

deberían preguntarse si los intereses de tales individuos “han sido considerados más que los de las colonias o los de la metrópoli”.³² Todo el “proyecto” del mercantilismo, como lo describió Smith, era “en su conjunto inadecuado para una nación de comerciantes; pero extremadamente adecuado para una nación cuyo gobierno está influenciado por comerciantes”.³³ Para Smith, tal amiguismo era, en última instancia, malo para el desarrollo económico a largo plazo tanto de América como de Gran Bretaña y, sobre todo, injusto por estar basado en privilegios legales y tráfico de influencias desenfrenado.

Una Unión Económica y Política

Las ideas y políticas mercantilistas estaban distorsionando y corrompiendo progresivamente la relación entre Gran Bretaña y sus colonias. Sin embargo, Smith estaba convencido de que no tenía por qué ser así. Señaló, por ejemplo, que «la libertad de comercio más perfecta se permite entre las colonias británicas de América y las Indias Occidentales»,³⁴ lo que implicaba que podría extenderse a todo el Imperio Británico.

Pero Smith también concluyó que cambiar los acuerdos económicos entre las trece colonias y Gran Bretaña requeriría algo más: una alteración fundamental de la relación política entre Gran Bretaña y sus colonias norteamericanas. En este sentido, Smith propuso dos vías principales, ambas implicando cambios radicales en el statu quo político y constitucional. Sus ideas al respecto se exponen principalmente en dos textos: La riqueza de las naciones y un memorándum presentado al gobierno británico en 1778 a petición del procurador general Alexander Wedderburn, tras la devastadora derrota británica en la batalla de Saratoga en 1777, una derrota que llevó a Francia a la guerra, cambiando así radicalmente el cálculo militar del gobierno británico al reducir drásticamente las probabilidades de victoria de Gran Bretaña.³⁵

Smith no fue el único en considerar la posibilidad de la primera opción: una unión constitucional entre Gran Bretaña, las colonias norteamericanas y el imperio en general. Veinte años antes, Benjamin Franklin había sugerido que tal unión sería “muy aceptable para las colonias”.³⁶ Otros, sin embargo, como el amigo y mecenas de Smith, Lord Kames, dudaban de que las colonias pudieran mantener una unión entre sí, y mucho menos con Gran Bretaña.³⁷ Lo que distingue la propuesta de unificación de Smith es que fue el razonamiento económico lo que lo impulsó en esta dirección.

La unión económica que Smith tenía en mente presentaba tres características. Una era la eliminación gradual del laberinto de restricciones y regulaciones mercantiles que frenaban el crecimiento en Norteamérica y Gran Bretaña, junto con la «extensión de la libertad de comercio»³⁸ entre las colonias, Gran Bretaña y otras provincias del Imperio Británico. Su segunda medida económica unificadora consistiría en que las colonias compartieran la responsabilidad de la colosal deuda pública británica. Smith consideraba esto justo porque, según comentó, «esa deuda pública se ha contraído en defensa, no solo de Gran Bretaña, sino de todas las provincias del imperio; la inmensa deuda contraída en la última guerra en particular, y gran parte de la contraída en la guerra anterior, se contrajeron legítimamente en defensa de América».³⁹

Smith se refiere aquí a la deuda acumulada por Gran Bretaña durante la Guerra de los Siete Años (conocida por la mayoría de los estadounidenses como la Guerra de Francia e India), en la que la mayor parte de los esfuerzos británicos se dirigieron contra Francia en Norteamérica. La aplastante victoria británica, reflejada en los términos del Tratado de París (1763), eliminó para siempre la amenaza que la enorme hegemonía francesa sobre Norteamérica, anterior a 1763, representaba para las trece colonias británicas. Sobre esta base, Smith argumentaba que era razonable que los impuestos que Gran Bretaña cobraba a sus propios habitantes para saldar la deuda pública también se aplicaran a las colonias americanas.

Smith comprendió, sin embargo, que este tipo de unión económica tenía implicaciones políticas. Uno de los principios básicos de la constitución británica, afirmó Smith, era que la tributación requería representación. Los estadounidenses debían tener voz y voto en los impuestos recaudados en todo el imperio por el Parlamento británico.

Eso, a su vez, significaba otorgar a los estadounidenses representación directa en esa legislatura. En sus palabras,

Si se extendiera el sistema tributario británico a todas las provincias del imperio habitadas por personas de origen británico o europeo, cabría esperar un aumento mucho mayor de los ingresos.

Sin embargo, esto difícilmente podría hacerse, de acuerdo con los principios de la constitución británica, sin admitir en el Parlamento británico, o si se prefiere en los estados generales del Imperio británico, una representación justa e igualitaria de todas esas diferentes provincias, la que cada provincia aporta al producto de los impuestos recaudados en Gran Bretaña.⁴⁰

Para Smith, una unión económica y política no era simplemente una forma de solucionar algunos problemas inmediatos. Era también un medio para obligar a Gran Bretaña a comprender lo que significaba tener un imperio, y más concretamente, un imperio en el que prevalecieran las libertades de la constitución británica (cuyos principios decían defender los colonos americanos).

En la página final de *La riqueza de las naciones*, Smith planteó que «Durante más de un siglo, los gobernantes de Gran Bretaña han entretenido al pueblo con la idea de que poseían un gran imperio al oeste del Atlántico. Sin embargo, este imperio hasta ahora solo ha existido en la imaginación. Hasta ahora, no ha sido un imperio, sino el proyecto de un imperio».41 Si esta empresa se convirtiera en realidad, y se consolidara mediante la consolidación fiscal, el libre comercio y la constitución británica, entonces una unión política sería inevitable.

A quienes les preocupaba que tal unión pudiera dañar la constitución británica, Smith argumentó que lo contrario era más probable. Según Smith, «no existe la menor probabilidad de que la constitución británica se vea perjudicada por la unión de Gran Bretaña y sus colonias. Por el contrario, se completaría con ella y parece incompleta sin ella».

El cambio más significativo, según él, sería en la composición de la legislatura de Westminster. «La asamblea», escribió, «que delibera y decide sobre los asuntos de cada parte del imperio, para estar debidamente informada, debería tener sin duda representantes de cada una de sus partes».42

En su memorándum de 1778 sobre la guerra de Gran Bretaña contra Estados Unidos, Smith profundizó en sus ideas sobre cómo podría ser una unión constitucional. Al igual que en *La riqueza de las naciones*, se centra en los fundamentos económicos de dicha unión.

Si la sumisión total de América se hubiera logrado exclusivamente mediante un tratado, probablemente se habría establecido la igualdad más perfecta entre la metrópoli y sus colonias; ambas partes del imperio gozarían de la misma libertad de comercio y compartirían en su justa proporción tanto la carga impositiva como el beneficio de la representación.43

Esto no solo liberaría a Gran Bretaña del gasto de mantener una enorme fuerza militar en Norteamérica, sino que Smith creía que también proporcionaría a «los hombres más influyentes de Estados Unidos» —ya fueran miembros de un parlamento para todo el imperio o votantes de dichos legisladores— la sensación de ser iguales a las figuras más destacadas de la vida pública británica. Smith insistía en que esto era de suma importancia, porque «la principal seguridad de todo gobierno surge siempre del apoyo de aquellos cuya dignidad, autoridad e interés dependen de dicho apoyo». Estos estadounidenses, pensaba, tendrían «el mismo interés en apoyar al gobierno general del imperio que los miembros de la legislatura británica y sus electores tienen actualmente en apoyar al gobierno particular de Gran Bretaña».44

Curiosamente, Smith sugirió en *La riqueza de las naciones* que, si se produjera tal unión, era probable que en algún momento futuro el epicentro del imperio cruzara el Atlántico. Esto, dijo Smith (pensando de nuevo en términos económicos), sería la consecuencia natural del crecimiento demográfico y económico.

El crecimiento de las trece colonias acabaría superando al de Gran Bretaña. «En poco más de un siglo, quizás», escribió, «la producción de los americanos podría superar la recaudación fiscal británica. La sede del imperio se trasladaría entonces, naturalmente, a la parte del imperio que más contribuyera a la defensa y el sostenimiento general del conjunto».45 En resumen, el centro del poder político seguiría al centro de la fortaleza económica, y no al revés.

Independencia para Estados Unidos y Gran Bretaña

Para 1778, Smith se había vuelto profundamente pesimista respecto a la posibilidad de tal unión. En su memorándum, admitió que no existía ningún partido de importancia en Gran Bretaña que la apoyara. En cuanto a los estadounidenses, Smith reconoció que «en su actual estado de ánimo elevado [tras su victoria en Saratoga], es poco probable que las mentes irritadas de los estadounidenses consientan ninguna unión, ni siquiera en los términos más ventajosos para ellos».

Según argumentaba, esta situación dejaba a los responsables políticos británicos ante cuatro posibles vías para poner fin a la guerra, cuyo coste era ruinoso. Una de ellas implicaba «la restauración, o algo muy parecido, del antiguo sistema»:48 es decir, el statu quo ante bellum. Smith no aclara si considera que esta sea una posibilidad probable, pero cabe suponer que pensaba que el estado de ánimo de los estadounidenses en 1778 hacía que esta opción fuera tan improbable como una unión constitucional.

Una segunda forma de poner fin a la guerra era mediante la conquista total de las colonias por medios militares, seguida del gobierno de un “gobierno militar”.

Aunque, según Smith, eso podría encajar con el «humor actual de Gran Bretaña» y encontrar «apenas oposición en el Parlamento»,49 Smith no lo consideraba una política viable a largo plazo. De todas las formas de gobierno, señaló Smith, «un gobierno militar es el que los estadounidenses más odian y temen».

El coste financiero de una ocupación indefinida también sería prohibitivo, y Smith creía que un gobierno militar prolongado haría que los estadounidenses estuvieran aún menos dispuestos a «contribuir al gasto general del imperio».50 Además, condenaría a Gran Bretaña a «la deshonra de ser considerada responsable de oprimir a un pueblo del que hemos hablado durante mucho tiempo, no solo como a nuestros conciudadanos, sino como a nuestros hermanos e incluso como a nuestros hijos».51

Una tercera posibilidad, propuso Smith, es que la guerra pudiera terminar “con la subyugación de una parte, pero solo de una parte, de América; Gran Bretaña, después de una guerra larga, costosa y ruinoso, viéndose obligada a reconocer la independencia-

cy del resto".⁵² En cierto sentido, esto fue lo que ocurrió cuando Gran Bretaña reconoció la independencia de las 13 colonias en el Tratado de París de 1783, pero conservó gran parte del resto de la Norteamérica británica (esencialmente una gran porción del actual Canadá), así como las Bermudas. Gran Bretaña también se encontró en 1783 con una deuda pública aún mayor que la que existía en 1776.

La cuarta opción, esbozada en el memorándum de Smith pero también analizada en *La riqueza de las naciones*, era la más radical de todas las vías posibles. Consistía, según escribió Smith, en «la emancipación completa de América: ni un solo acre de tierra, desde la entrada al estrecho de Hudson hasta la desembocadura del Misisipi, que reconociera la supremacía de Gran Bretaña». ⁵³

Otorgar la independencia a Estados Unidos y retirarse efectivamente del continente norteamericano no era algo que la mayoría de los británicos estuvieran dispuestos a aceptar en 1776 o 1778. Sin embargo, Smith subrayó los costos catastróficos asociados con la continuación de la guerra. También opinaba que la viabilidad de la opción de la independencia se haría más evidente si los responsables políticos británicos estuvieran dispuestos a plantearse algunas cuestiones económicas difíciles sobre la guerra, la naturaleza de la relación entre Gran Bretaña y las trece colonias, y lo que significaba tener un imperio. Si Gran Bretaña no estaba dispuesta a completar eficazmente el proyecto de un imperio dotándolo del tipo de estructuras económicas que tal empresa requería, entonces, como Smith afirmó bruscamente en *La riqueza de las naciones*, «debería abandonarse. Si ninguna de las provincias del Imperio británico puede contribuir al sostenimiento de todo el imperio, sin duda es hora de que Gran Bretaña... se esfuerce por adaptar sus perspectivas y planes futuros a la verdadera mediocridad de sus circunstancias». ⁵⁴

Este es un lenguaje contundente. Además, Smith reconoció en su Memorándum de 1778 que renunciar libremente a un imperio y admitir de hecho que la guerra había sido un grave error «no parecería honorable para Gran Bretaña a ojos de Europa». ⁵⁵ La pérdida de prestigio de Gran Bretaña entre las potencias europeas sería considerable. La misma decisión, subrayó Smith, también «desacreditaría al Gobierno ante los ojos de nuestro propio pueblo». En particular, aquellos líderes políticos británicos asociados con la retirada de Norteamérica y la independencia de las colonias «tendrían mucho que temer, debido a su ira e indignación ante la desgracia y calamidad pública, pues así lo supondrían, de desmembrar el imperio». ⁵⁶

Sin embargo, por duras que fueran estas realidades, Smith confiaba en que la relación posterior a la independencia entre las dos naciones postimperiales se volvería gradualmente más tranquila, rentable e incluso mutuamente ventajosa.

A medida que el rencor se disipaba lentamente, Smith afirmó en su Memorándum que «la similitud de idioma y costumbres predispondría, en la mayoría de los casos, a los estadounidenses a preferir nuestra alianza a la de cualquier otra nación».57 En *La riqueza de las naciones*, había expresado una idea similar. «Al separarnos de esta manera», escribió Smith, «el afecto natural de las colonias hacia la metrópoli, que, tal vez, nuestras recientes disensiones casi han extinguido, reviviría rápidamente».58 Esto brindaría una oportunidad para que Gran Bretaña y las colonias americanas recién independizadas reestablecieran su relación comercial de una manera libre de distorsiones mercantilistas y, por lo tanto, de mayor beneficio para ambos países a largo plazo.

Smith en nuestro tiempo

El gobierno de Lord North no apoyó ninguna de las propuestas radicales de Smith para poner fin al conflicto británico con las trece colonias. Tras la derrota en la batalla de Saratoga, North optó por abogar por restablecer las relaciones imperiales al statu quo anterior a la guerra mediante una negociación con el Congreso. Su iniciativa fracasó, al carecer del apoyo de los principales políticos británicos y del rey Jorge III, y al encontrar además una total indiferencia por parte de los estadounidenses.

El propio Smith no se hacía ilusiones de que el gobierno británico adoptara ninguna de sus propuestas para poner fin a la guerra, establecer una paz duradera o abrir nuevas oportunidades para el florecimiento de la vida económica y un crecimiento económico más acelerado. La amargura entre británicos y estadounidenses, surgida a raíz de la guerra, hacía improbable que las figuras más influyentes de Norteamérica o Gran Bretaña consideraran seriamente la unión constitucional basada en la consolidación fiscal, el libre comercio y la representación constitucional que proponía Smith.

Smith tampoco creía que Gran Bretaña simplemente pondría fin al conflicto, retiraría sus fuerzas de Norteamérica y luego trabajaría para crear una coexistencia amistosa basada en la liberalización del comercio y una alianza militar. Si bien Smith creía firmemente que esto redundaría en beneficio de los intereses británicos a largo plazo, subrayó que sería «contrario al interés privado de la parte gobernante de [la nación]».59 Con esto, Smith quería decir que quienes ostentaban el poder en Londres serían culpados de la pérdida del imperio británico en Norteamérica y, por lo tanto, verían sus carreras políticas terminar de inmediato y en desgracia. Sin embargo, también tenía en mente a aquellos legisladores «que, por consiguiente, se verían privados de disponer de muchos cargos de confianza y beneficio»;60 es decir, del clientelismo y la capacidad que este otorgaba a los políticos británicos de la época para conceder cargos, favores y privilegios a sus partidarios.

¿Qué lecciones podemos extraer hoy del análisis de Smith sobre la cuestión estadounidense? Si bien la economía global actual difiere radicalmente de la del siglo XVIII, las ideas que Smith aportó a su investigación sobre la situación estadounidense siguen siendo pertinentes en nuestros días. Cuatro puntos merecen ser destacados.

En primer lugar, las políticas proteccionistas distorsionan gravemente nuestra percepción de lo que realmente conviene al interés nacional. El análisis de Smith sobre cómo las doctrinas y políticas mercantilistas condujeron a un menor crecimiento en Gran Bretaña y Norteamérica, distorsionaron los flujos comerciales, inflaron los costos y fomentaron un amiguismo desenfrenado, contiene un mensaje para los gobiernos, legisladores y ciudadanos de hoy: que las políticas económicas supuestamente diseñadas para promover el interés nacional resultan ser altamente parciales en sus objetivos reales y en la distribución de los beneficios. Smith demostró que los beneficiarios finales del mercantilismo no eran los consumidores, sino aquellas 1) empresas con conexiones políticas, como la Compañía Británica de las Indias Orientales (EIC), que habían logrado obtener privilegios del Estado, y 2) los legisladores que contribuyeron a posibilitar y proteger estos acuerdos. En resumen, los gobiernos directamente influenciados por los intereses particulares (o lo que llamamos intereses especiales) tienden a priorizar las ganancias privadas a corto plazo sobre el bienestar económico de la nación.

En segundo lugar, las agendas económicas intervencionistas introducen fricciones innecesarias en las relaciones internacionales. El énfasis que Smith puso en cómo las políticas mercantilistas sembraron gradualmente resentimiento entre Gran Bretaña y sus colonias sigue siendo relevante hoy en día. Las políticas económicas erróneas no fueron la única causa del estallido de la guerra entre Gran Bretaña y sus colonias. Pero Smith nos muestra cómo las quejas económicas, si se dejan enquistar y extenderse, pueden enfrentar a naciones que de otro modo serían amigas y contribuir al estallido de desórdenes políticos e, incluso, en algunos casos, a la guerra. La lección para nosotros hoy es clara: las políticas que distorsionan los mercados internacionales para obtener réditos políticos corren el riesgo de convertir las fricciones económicas en conflictos políticos más amplios y difíciles de resolver.

En tercer lugar, las reformas económicas orientadas al mercado pueden proporcionar bases sólidas para una conducción más pacífica de la política nacional e internacional. Las soluciones que Smith proponía para la crisis estadounidense —ya sea 1) una unión económica y constitucional basada en el libre comercio, la equidad fiscal y una representación proporcional en el poder legislativo, o 2) alternatively, una separación amistosa— ilustran el potencial de la liberalización económica para crear nuevas posibilidades de medidas políticas que ayuden a mitigar las tensiones geopolíticas.

Smith no era ingenuo en cuanto a la política, ni a las motivaciones de los legisladores. Todos los escritos de Smith sobre el tema de las relaciones entre Gran Bretaña y las colonias enfatizan hasta qué punto las realidades políticas —la capacidad de los grupos de interés para ejercer presión sobre los legisladores, el temor de los políticos a la deshonra o a la reacción electoral adversa, la

Los efectos persistentes de resentimientos memorables, entre otros, obstaculizan el pensamiento económico y político claro, socavando así la posibilidad de reformas fiscales, políticas y constitucionales duraderas. Sin embargo, Smith creía que las decisiones económicas acertadas podrían contribuir a transformar a adversarios potenciales o reales en buenos vecinos políticos, reduciendo así los riesgos de conflicto manifestados en guerras prolongadas y costosas.

En cuarto y último lugar, un análisis económico riguroso puede ayudarnos a resolver problemas políticos y de política exterior complejos. El enfoque de Smith ante la crisis estadounidense nos recuerda la importancia de aplicar la técnica económica que defendió en *La riqueza de las naciones* a cuestiones políticas complejas y controvertidas. Al separar los aspectos económicos de la crisis de sus dimensiones políticas y de política exterior, Smith logró alertar a los responsables políticos sobre consideraciones específicas y tendencias a largo plazo que, de otro modo, habrían recibido menos atención.

Esto no garantiza que los líderes políticos presten atención a las conclusiones de tales análisis. Algunos legisladores, así como muchos líderes empresariales, tendrán intereses personales que se verán amenazados por los esfuerzos para dismantelar las estructuras neomercantilistas que se manifiestan hoy en día en forma de proteccionismo, política industrial y otras medidas económicas nacionalistas. Otros creerán sinceramente que el interés nacional exige que el Estado actúe para impulsar el desarrollo de la economía en direcciones específicas. Incluso después de que Gran Bretaña reconociera la independencia de Estados Unidos en 1783, Gran Bretaña y la nueva república estadounidense tardaron mucho tiempo en resolver sus diferencias comerciales, en el Tratado de Jay de 1794. A lo largo del siglo XIX, intereses particulares y legisladores afines presionaron intensamente en Estados Unidos a favor de políticas proteccionistas. En resumen, la difusión de las ideas de libre mercado, gracias en parte a la publicación de *La riqueza de las naciones*, no fue suficiente para convencer a un número significativo de personas de los problemas a largo plazo asociados con los aranceles y otras políticas mercantilistas.

Ante esta realidad, sin embargo, *La riqueza de las naciones* y el Memorándum de Smith de 1778 ejemplifican cómo los economistas —y las ideas y verdades que transmite su ciencia social— pueden destacar muchos factores, consideraciones y evidencias que, de otro modo, pasarían desapercibidos para muchos responsables políticos. Además, pueden dar a conocer estos puntos de referencia a un público más amplio, preocupado por el futuro de su país y que busca análisis y respuestas libres de la influencia de intereses particulares. Tal fue el servicio revolucionario que prestó Smith en su época, y sigue siendo la responsabilidad fundamental de los economistas en la nuestra.

Notas finales

1 Andrew S. Skinner, "Adam Smith y América: La economía política del conflicto", en *Escocia y América en la era de la Ilustración*, eds. Richard B. Sher y Jeffrey R. Smitten (Edimburgo: Edinburgh University Press, 1990), 148.

2 Véase Laura LaHaye, "Mercantilism", <https://www.econlib.org/library/Enc/Mercantilism.html>, consultado el 31 de enero de 2026; y William R. Allen, "Mercantilism", en *The New Palgrave: A Dictionary of Economics*, eds. John Eatwell, Murray Milgate y Peter Newman, vol. 3 (Londres: Macmillan, 1987), 445-448.

3 Véase John Darwin, *Unfinished Empire: The Global Expansion of Britain* (Londres: Bloomsbury Press, 2012), 12, 130, 151-3, 163-8.

4 Véase HS Bhatia, *Military History of British India, 1607–1947* (Nueva Delhi: Deep & Deep Publications, 1977), 15.

5 TA Heathcote, *The Military in British India: The Development of British Land Forces in South Asia, 1600–1947* (Manchester: Manchester University Press, 1995), 39-69.

6 Adam Smith, *Edición de Glasgow de las Obras y Correspondencia de Adam Smith*, vol. II, *Una investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, eds. RH Campbell y AS Skinner (Indianapolis, IN: Liberty Fund, [1776] 1981), vol. I, IV.iii.c.2, 488. [En adelante WN]

7 WN, vol. I, IV.iii.c.2, 489.

8 *Ibíd.*

9 WN, vol. I, IV.ii3, 453.

10 *Ibíd.*

11 *Ibíd.*

12 Véase WN, vol. II, IV.viii.49, 660.

13 *Ibíd.*

14 *Ibíd.*

15 Véase John Keys, *The Honourable Company: A History of the English East India Company* (Nueva York: Macmillan, 1994), 331-450.

16 Adam Smith, "Carta a Andreas Holt", en *The Glasgow Edition of the Works and Correspondence of Adam Smith*, vol. VI, *The Correspondence of Adam Smith*, eds. EC Mossner e IS Ross (Indianapolis, IN: Liberty Fund, 1987), Carta n.º 149, 251. [En adelante CAS]

17 Véase Arthur Meier Schlesinger, "The Uprising Against the East India Company", *Political Science Quarterly* 32, no. 1 (1917), 60-79.

18 Véase Oliver Morton Dickerson, *The Navigation Acts and the American Revolution* (Filadelfia, PA: University of Pennsylvania Press, 1951).

19 David Hume, "De David Hume", en CAS, Carta n.º 149, 186.

20 *Ibíd.*, Carta n.º 149, 185.

21 Véase Donald Winch, “La 'politique coloniale' de Adam Smith”, *Cahiers d'économie politique* 27/28 (1996), 41.

22 WN, vol. II, IV.vii.b.40, 581.

23 WN, vol. I, IV.i.32, 448.

24 WN, vol. II, IV.vii.b.35, 579.

25 WN, vol. II, IV.vii.c.55, 610. Énfasis mío.

26 WN, vol. II, IV.vii.c.22, 596.

27 WN, vol. II, IV.vii.c.43, 604.

28 WN, vol. II, IV.vii.c.47, 607-608.

29 WN, vol. II, IV.vii.c.44, 582.

30 WN, vol. II, IV.vii.c.64, 615.

31 WN, vol. II, IV.vii.c.44.

32 WN, vol. II, IV.vii.b.49, 884.

33 WN, vol. II, IV.vii.c.63, 613.

34 WN, vol. II, IV.vii.b.39, 580.

35 El consenso académico es que Adam Smith sí escribió el memorándum. Véase GH Guttridge, “Adam Smith on the American Revolution: An Unpublished Memorial”, *The American Historical Review* 38, n.º 4 (1933), 714-720; y David Steven, “Smith's Thoughts on the State of the Contest with America, February 1778”, en CAS, Apéndice B, 377-380.

36 Verner W. Crane (ed.), *Cartas de Benjamin Franklin a la prensa* (Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 1950), 72 n.28.

37 Véase Lord Kames, *Sketches of the History of Man Considerably enlarged by the last additions and corrections of the author*, ed. James A. Harris (Indianapolis, IN: Liberty Fund, 2007), vol. 2, 395.

38 WN, vol. II, V.iii.72, 935.

39 WN, vol. II, V.iii.88, 944.

40 WN, vol. II, V.iii.68, 933.

41 WN, vol. II, V.iii.92, 947.

42 WN, vol. II, IV.vii.c.77, 624,

43 “Pensamientos de Smith sobre el estado de la contienda con América, febrero de 1778”, en CAS, Apéndice B, 381.

44 *Ibíd.*

45 WN, vol. II, IV.vii.c.79, 625-626.

46 Véase "Pensamientos de Smith", Apéndice B, 382 de la CAS.

47 *Ibíd.*, 381.

48 *Ibíd.*, 380.

49 *Ibíd.*, 381.

50 *Ibíd.*

51 *Ibíd.*

52 "Pensamientos de Smith", Apéndice B de la CAS, 380.

53 *Ibíd.*

54 WN, vol. II, V.iii.92, 947.

55 "Pensamientos de Smith", Apéndice B de la CAS, 383.

56 *Ibíd.*

57 *Ibíd.*

58 WN, vol. II, IV.vii.c.66, 617.

59 *Ibíd.*

60 *Ibíd.*



Calle Division 250 | Apartado de correos 1000
Great Barrington, MA 01230-1000
Teléfono: 1-888-528-1216 | Fax: 1-413-528-0103
Contacto con la prensa y otros medios de comunicación
888-528-1216
press@aier.org